

ALBUM SALON



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ☉ Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona ☉ **Precio: 4 reales.**

© Biblioteca Nacional de España

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO I

BARCELONA, 19 DE DICIEMBRE DE 1897

NÚM. 5

Director - Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA

V. SUÁREZ CASAN

COLABORADORES

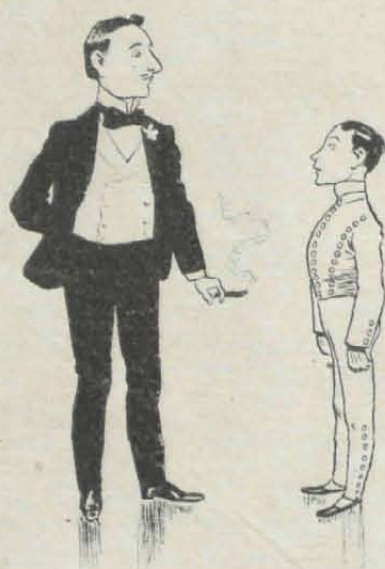
Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Victor Balaguer.—Federico Balart.—General Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflor*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaachs.—Rafael M. Liern.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miguel y Badía.—Magín Morera Galicia.—Eduardo Montesinos.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Francisco Tomás Estruch.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—José Arita.—Luis Alvarez.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cusachs.—José Cuchy.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Félix Mestres.—Nicolás Mejía.—Francisco Miralles.—Méndez Bringa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—Marcelino de Unceta.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Claudio Martínez Imbert.—Joaquín Malats.—Enrique Morera.—Luis Millet.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

NOTA. — Como observará el público los anteriores nombres, están colocados por riguroso orden alfabético.

COMO PIDEN ELLAS, por XAUDARÓ.



— Sr. Duque, la Sra. Duquesa se encuentra indispuesta...



— ¿Qué tienes, alma mía? ¿Otra vez de mal humor?



— ¡Dios mío, qué carácter! ¿Qué deseas? ¿qué quieres?

MEDICACIÓN TÓNICA

PILDORAS Y JARABE DE BLANCARD

Con ioduro de Hierro inalterable.

ANEMIA, COLORES PÁLIDOS, RAQUITISMO, ESCRÓFULAS, TUMORES BLANCOS, ETC.

Exíjase la firma y el sello de garantía.



PARIS * 40, rue Bonaparte, 40



CONCHITA BORDALBA

AUNQUE el ser una tiple eminente cuya fama llena hoy el mundo artístico, basta para justificar, la publicación de su retrato en las páginas de ALBÚM SALÓN, no podemos menos que rendir un tributo á la mujer, á la vez que á la diva. Que es bellísima, elegante y atractiva, huelga que lo digamos nosotros, pues eso á la vista salta, y se lo saben de memoria cuantos han tenido la dicha de verla y admirarla.

No es este uno de sus menores atractivos en las tablas, ni es condición despreciable en una artista, para conquistarse las simpatías y los aplausos del público.

Conchita Bordialba, nació en Barcelona, y desmintiendo el refrán que dice, que nadie es profeta en su patria, ha conquistado aquí grandes y merecidas ovaciones y entusiastas aplausos.

Sus primeros estudios los hizo en nuestro Conservatorio, pasando después á París y á Milán, donde se perfeccionó, estudiando dos años con los maestros Strakosch y Blasco.

Debutó en Génova con el *Don Carlo*, el año 1888, y cantó después, siempre obteniendo grandes éxitos, en Roma, Florencia, Venecia, Nápoles, San Petersburgo, Moscow y Buenos Aires, en compañía de celebra-

des, como Gayarre, Tamagno y Masini, y últimamente, en dos temporadas consecutivas, en la famosa Scala de Milán, que la bautizó como artista de *primo cartello*.

El año pasado fué recibida con verdadero entusiasmo por el inteligente público del Teatro Real de Madrid, en donde estaba escriturada sólo para seis representaciones y cantó diez y ocho; entre ellas *Hugonotes*, *Lohengrin*, *Trovador* y *Norma*.

En la última primavera se la aplaudió en nuestro Gran Liceo, con *Lohengrin* y *Trovador*, y el día de su beneficio, el público la tributó una verdadera demostración de entusiasmo y simpatía, como muy pocas veces se ha visto en dicho coliseo.

No merecen menos elogios sus bellos sentimientos de caridad, pues siempre se la halla dispuesta á contribuir con su cooperación á todo fin benéfico. Aquí ha tomado parte en los beneficios del Asilo Naval y en favor de los inundados de Valencia; y el año pasado, cantó en el de los heridos de Cuba, en Madrid.

Reciba nuestra distinguida paisana, con este humilde aplauso, un tributo de leal admiración.

LAS HOJAS SECAS

Vivía á extramuros de la ciudad, en un pisito con vistas al campo. Los álamos del camino azotaban con sus verdes ramas los vidrios de su ventana, y el sol penetraba todas las mañanas, muy tempranito, á despertarla para el trabajo.

Era un entresuelo muy bajo, que permitía examinar desde la calle, todos sus rincones; y tan limpio y aseado que daba gozo.

En la alcoba, su camita blanca como el ampo de la nieve, medio oculta por cortinas de percal muy planchadas; en la sala, una cómoda barnizada, llena de su ropita cuidadosamente distribuída en sus cajones; sobre la cómoda, una imagen de la Virgen de la Soledad; seis sillas de enea, una mesita de pino y algunas estampas pegadas en la pared.

En el alfeizar de la ventana, nunca faltaban macetas de flores, que ella cuidaba con solícito afán.

Siempre que me paraba á contemplar aquel nidito, sentía una sensación de inefable bienestar.

El aire del campo que entraba por la ventana; la luz, que á través de las flores pasaba sonriendo, como complacida en alumbrar aquella celdita; el canto de las aves que albergaban en los álamos, y el murmullo de las hojas de estos copudos árboles que se agitaban dulcemente al soplo de la brisa, daban tal poesía y encanto á todo aquello, que muchas veces me sentí conmovido, y una lágrima de ternura asomó á mis ojos.

Cuando yo la conocí, vivía sola.

Su tía, anciana virtuosa, que la sirvió de madre, había muerto, y ella, que no congeniaba con sus compañeras y gustaba vivir independiente y

TORCUATO TASSO



SARAH BERNHARDT, EN LA TRAGEDIA «GISMONDA»

dueña de sus acciones, tomó aquella casita y allí vivía retirada del mundo, pensando sólo en sus flores y en sus quehaceres.

Cosía en blanco para una tienda en donde la apreciaban mucho, y salía únicamente para ir á devolver la labor ó á buscar trabajo. El resto del día lo pasaba detrás de la ventana, cose que cose; cantando como un ruiseñor, ó pensando en esos mil deseos vagos de la adolescencia, fantasmas informes, que llenan de ilusiones el cerebro y de esperanzas el corazón.

Yo la conocí una mañana saliendo de misa muy tempranito.

Su rostro, lleno de bondad y dulzura, sus grandes ojos pardos, su cuerpo esbelto y su aire modesto y recatado, me impresionaron vivamente.

La seguí desde lejos, sin ser notado, y la vi entrar en su casa.

Todas las mañanas, antes de ir á clase, pasaba por debajo de su ventana y la veía, siempre afanosa, inclinada sobre su labor.

Ella, al fin, se fijó en mis paseos, pero no los alentó con sus miradas.

Cuando me veía venir, parecía ruborizarse; inclinaba la cabecita, y cosía con ardor.

Llegué á acostumbrarme tanto á aquellas visitas, que no faltaba ningún día.

Jamás la había hecho una seña ni me había atrevido á iniciarla mi amor de ningún modo.

Me causaban respeto su virtud y su soledad, y al mismo tiempo temía turbar con mis pretensiones la paz de aquella alma pura.

Creo que llegó á habituarse á mis visitas matinales, porque, después de algún tiempo, cuando me veía, brillaba en sus ojos un relámpago de alegría, y el rubor de sus mejillas era más intenso y menos disimulado.

Yo comprendí que la gustaban las flores, por el afán con que cuidaba sus tiestos, y todas las mañanas, la arrojaba un ramo al pasar.

Nuestras relaciones no pasaron de aquí.

Vinieron las vacaciones y tuve que marchar á mi pueblo.

¡Cuánto sentí abandonar á mi nueva amiga!

La última vez que la vi, antes de tomar el tren, se me agolparon las lágrimas á los ojos y tuve que pasar, casi corriendo, para que no notara mi emoción.

Cuatro meses estuve en mi pueblo acordándome siempre de ella y haciendo el propósito de declararla mi amor en cuanto volviera.

Volví al fin.

Era el mes de Octubre, y las hojas secas comenzaban á desprenderse de los árboles, formando movediza alfombra sobre campos y caminos.

Sin saber por qué, me hacía daño aquella agonía de la Naturaleza.

Pensaba en ella y en sus flores, y se me oprimía el corazón.

Mi primera visita fué para verla.

¡Ay!

En su ventana no habían flores; los álamos que azotaban sus cristales estaban secos; el sol penetraba triste y plomizo en su habitación, y ella... ¡ella había desaparecido!

Bajo mis pies se quejaban, holladas por mis plantas, las hojas de los árboles, y, al ser arrastradas por el viento, parecían decirme con su lamento extraño:

—¡No la verás más!.. ¡Era una flor de primavera, y, como nosotras, ha muerto á la entrada del invierno!..

¡Y así era!

Una vecina, á quien pregunté, me lo contó todo.

—Comenzó á ponerse triste,—me dijo,—sin saber por qué. Se pasaba los días asomada, á la ventana como esperando á alguien. Ya no cantaba, y lloraba mucho. Cuando llegó el mes de Septiembre, comenzó á toser y á esputar sangre... Vino el médico y dijo que se moría... A la entrada del Otoño, á la caída de la hoja, espiró como un pajarito. Murió besando unos ramos de flores que tenía siempre al alcance de su mano... ¡Pobrecilla, era una santa!..

Mientras la vecina hablaba, lloraba yo como un niño.

Quise ver su habitación... y me la enseñaron.

Estaba vacía, y por la ventana habían penetrado, arrojadas por el viento, millares de hojas secas que parecían llorar la ausencia de mi amiga.

Me arrodillé en el suelo, besé el sitio donde había muerto... y salí de allí herido de muerte.

Desde entonces, las hojas secas me la recuerdan siempre, y, cuando veo el escobón de los guardapaseos que las barren sin delicadeza, me parece que barren pedazos de mi corazón.

Las hojas secas, son para mí sagradas, y las rindo un culto fervoroso.

VICENTE SUAREZ CASAN

EL PANORAMA DE LA PRINCESA

El palacio del rey de Magna estaba triste, muy triste, desde que un padecimiento extraño, incomprensible para los médicos, obligaba a la princesa Rosamor a no salir de sus habitaciones. Un silencio glacial se extendía, como neblina gris, por las vastas galerías de arrogantes arcadas y los salones revestidos de tapices, con altos techos de grandiosas pinturas; y el paso apresurado y solícito de los servidores, el andar respetuoso y contenido de los cortesanos, el golpe mate del cuento de las alabardas sobre las alfombras, las conversaciones en voz baja, susurrantes apenas, producían impresión peculiar de antecámara de enfermo grave. ¡Tenía el rey una cara tan severa, un gesto tan desalentado é indiferente para los áulicos, hasta para los que antaño eran sus amigos y favoritos! ¿A qué luchar? ¡La princesa se moría de languidez... Nadie acertaba a salvarla, y la ciencia declaraba agotados sus recursos!...

Una mañana llegó a la puerta del palacio cierto viejo de lengua barba y raída hopalanda color avellana seca, precedido de un borriquillo cuyos lomos agobiaba una caja enorme de madera ennegrecida. Intentaron los guardias desviar con aspereza al viejo y a su borriquillo, pero titubearon al oírle decir que en aquella caja tosca venían la salud y la vida de la princesa Rosamor. Y mientras se consultaban, irresolutos, dominados a pesar suyo por el aplomo y seguridad con que hablaba el viejo, un gallardo caballero desconocido, mozo y de buen parecer, cuya toca de plumas rizaba el viento, cuya melena oscura caía densa y sedosa sobre un cuello moreno y erguido, se acercó a los guardias, y con la superioridad que prestan el rico traje y la bizarra postura, les ordenó que dejaran pasar al anciano, sino querían ser responsables ante el rey de la muerte de su hija; y los guardias, aterrados,

se hicieron atrás, el anciano pasó, y el jumentillo hirió con sus cascos las sonoras losas de mármol del gran patio donde esperaban en fila las carrozas de los poderosos. En pos del viejo y el borriquillo, entró el mozo también.

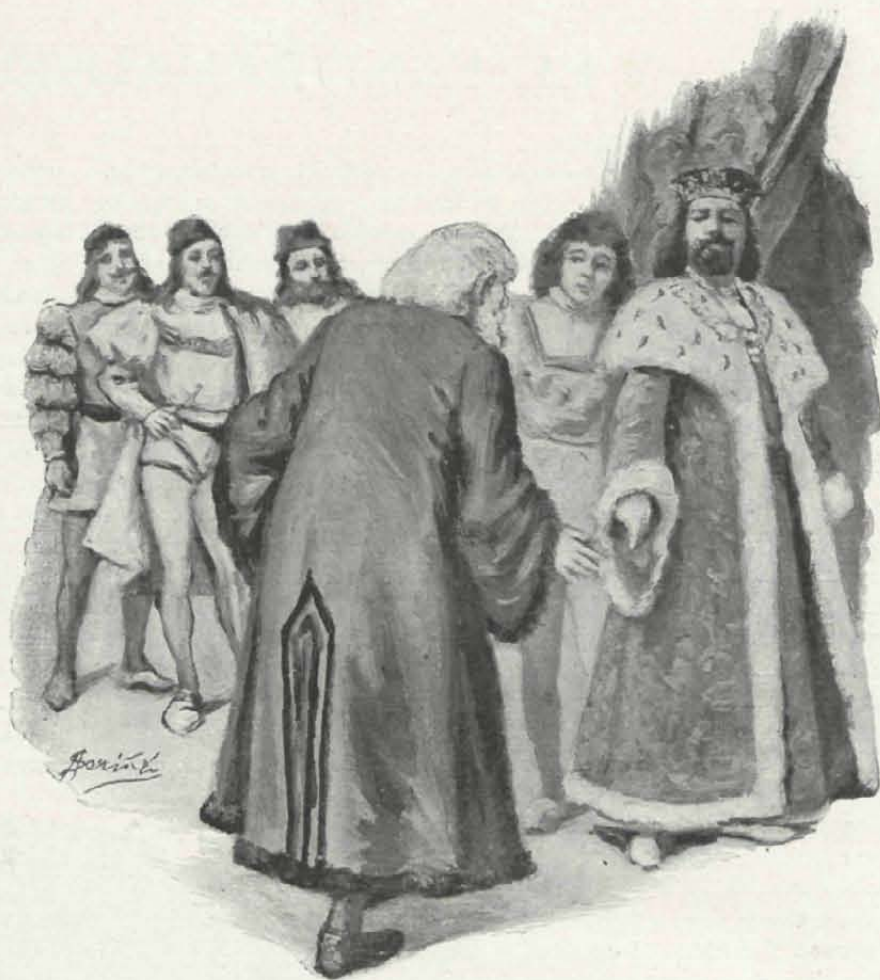
Avisado el rey de que abajo esperaba un hombre que aseguraba traer en un cajón la salud de la princesa, mandó que subiese al punto; porque los desesperados, de un clavo ardiendo se agarran, y no se sabe nunca de qué lado lloverá la Providencia. Hubo entre los cortesanos cuchicheos y alguna sonrisa reprimida pronto, al ver subir a dos porteros abrumados bajo el peso de la enorme caja de madera, y detrás de ellos al viejo de la hopalanda avellana, y al lindo hidalgo de suntuoso traje, a quien nadie conocía; pero la curiosidad, más aguda que el sarcasmo, les devoraba el alma con sus dientecillos de ratón; y no tuvieron reposo hasta que el primer ministro, algo alarmado por la novedad también, les enteró de que la famosa caja del viejo sólo contenía un panorama, y que con enseñarle las vistas a la princesa, aquel singular curandero respondía de su curación. En cuanto al mozo, era el ayudante encargado de colocarse detrás de una cortina sin ser visto, y hacer desfilir los cuadros por medio de un mecanismo original. Inútil me parece añadir que al saber en qué consistía el remedio, los cortesanos, sin perder el compás de la veneración monárquica,

se burlaron suavemente y soltaron muy donosas pullas.

Entre tanto, instalábase el panorama en la cámara de la princesa, la cual, desde el mismo sillón donde yacía recostada sobre pilas de almohadones, podía recrearse en aquellas vistas que, según el viejo continuaba afirmando terminantemente, habían de sanarla. Oculto é invisible, el galán hizo girar un manubrio, y empezaron a aparecer, sobre el fondo del inmenso paño extendido que



cubría todo un lado de la cámara, y al través de un amplio cristal, cuadros interesantísimos. Con una verdad y un relieve sorprendentes, desfilaron ante los ojos de la princesa las ciudades más magníficas, los monumentos más grandiosos y los paisajes más admirables de todo el mundo. En voz cascada, pero con suma elocuencia, explicaba el viejo los esplendores, verbigracia, de Roma, el Coliseo, las Termas, el Vaticano, el Foro; y tan pronto mostraba á la princesa una naumaquia, con sus luchas de monstruos marinos y sus combates navales entre galeras incrustadas de marfil, como la hacía descender á las sombrías Catacumbas y presenciar el entierro de un mártir, depuesto en paz con su ampolla llena de sangre al lado. Desde los famosos pensiles de Semíramis y las colosales construcciones de Nabucodonosor, hasta los risueños valles de la Arcadia, donde en el fondo de un sagrado bosque centenario danzan las blancas ninfas en corro alrededor de un busto de Pan que enrama frondosa mata de hiedra; desde las nevadas cumbres de los Alpes hasta las voluptuosas enseñadas del golfo partenópeo, cuyas aguas penetran vueltas líquido záfiro bajo las bóvedas celestes de la Gruta de azur, no hubo aspecto sublime de la historia, asombro de la naturaleza ni obra estupenda de la actividad humana que no se presentase ante los ojos de la princesa Rosamor, aquellos ojos grandes y soñadores, cercados de una mancha de lívor sombrío, que delataba los estragos de la enfermedad. Pero los ojos no se reanimaban; las mejillas no perdían su palidez de transparente cera; los labios seguían contraídos, olvidados de las sonrisas; las encías marchitas y blanquecinas hacían parecer amarilla la dentadura, y las manos, afiladas, continuaban ardiendo de fiebre ó congeladas por hielo mortal. Y el rey, furioso al ver defraudada una última esperanza más viva cuanto más quimérica, juró en alta voz que ahorcaría de muy alto al impostor del viejo, y ordenó que subiese el verdugo, provisto de ensebada sogá, á la torre más erguida del palacio, para colgar de una almena, á vista de todos, al que le había engañado. Pero el viejo, tranquilo y hasta desdeñoso, pidió al rey un plazo cortísimo: faltábale por enseñar á la princesa una vista, una sola de su panorama, y si después de contemplarla no se sentía mejor, que le ahorcasen en horabuena, por torpe é ignorante. Condescendió el rey, no queriendo espantar aún la vana esperanza postrera, y se salió de la cámara, por no asistir al desengaño. Al cuarto de hora, no pudiendo contener la impaciencia, entró, y notó con transporte una singular variación en el aspecto de la enferma; sus ojos relu-



cían; un ligero sonrosado teñía sus mejillas flacas; sus labios palpitaban enrojecidos, y su talle se enderezaba airoso como un junco. Parecía aquello un milagro, y el rey, en su enajenación, se arrancó del cuello una cadena de oro y la alargó al viejo;—que rehusó el presente.—La única recompensa que pedía era que le dejaran continuar la cura de la princesa, sin condiciones ni obstáculos, ofreciendo terminarla en un mes. Y, loco de gozo, el rey se avino á todo, hasta á respetar el misterio de aquella vista prodigiosa que había empezado á devolver á su hija la salud.

No obstante,—transcurrida una semana y confirmada la mejoría de la enferma, mejoría tan acentuada que ya la princesa había dejado su sillón, y, esbelta como un lirio, se paseaba por el aposento y las galerías próximas, ansiosa de respirar el aire, animada y sonriente,—anheló el rey saber qué octava maravilla del orbe, qué portentoso cuadro era aquel cuya contemplación había resucitado á Rosamor moribunda. Y como la princesa, cubierta de rubor, se arrojase á sus pies suplicándole que no indagase su secreto, el rey, más lleno cada vez de curiosidad, mandó que sin dilación se le hiciese contemplar la milagrosa última vista del panorama. ¡Oh, sorpresa inaudita! Lo que se apareció sobre el fondo del inmenso paño negro, al través del claro cristal, no fué ni más ni menos que el rostro de un hombre joven y guapo, eso sí, que nada tenía de portentoso. El rostro sonreía con dulzura y pasión á la princesa, y ella pagaba la sonrisa con otra no menos tierna y estática... El rey reconoció al supuesto ayudante del viejo, aquel mozo simpático y gallardo, y comprendió que, en vez de enseñar las vistas de su panorama, se enseñaba á sí propio, y sólo con este remedio, había sanado el enfermo corazón y el espíritu contristado y abatido de la niña; y si alguna duda le que dase acerca de este punto, se la quitaría la misma Rosamor, al decirle confusa, temblorosa y en voz baja, como quien pide anticipadamente perdón:

—Padre, todos los monumentos y todas las bellezas del mundo no equivalen á la vista de un rostro amado...

EMILIA PARDO BAZAN

ILUSTRACIONES DE A. SERIÑÁ



LA LITERATURA DEL REPOSO

Uno de los caracteres que como más acentuado suele asignarse á la literatura contemporánea es el desasosiego, la inquietud espiritual que revela, y que trae, como consecuencia natural, vivísima, febril aspiración al reposo, á la serenidad, á la calma sedante y reparadora.

El mismo fenómeno se observa en la música contemporánea. Un crítico joven, H. Bourgerel, ha dicho recientemente en el *Mercure de France* (Junio, 1897. Artículo titulado *La dixième symphonie*): «Or, ce qui rend l'œuvre de Beethoven si poignante, c'est que la sérénité en est toujours troublée par le regret de cette sérénité même.»

Las graves crisis de conciencia que hoy agitan al mundo, el movimiento cada vez más acelerado de la vida, la invasión en todas partes de la llamada «fiebre americana», que tan extraños fenómenos nerviosos produce, excitan en la creciente minoría intelectual el deseo de paz, de sosiego, de retiro.

Como Carlyle, pero con sentido algo diferente, los escritores actuales apetecen y glorifican el silencio: no el de sus almas, pero sí el del mundo que les rodea. Esta aspiración, sin embargo, es cosa ya vieja en la literatura. Desde los tiempos más remotos, todo espíritu superior contemplativo,

conturbado por la lucha social, ha buscado el reposo, la paz del alma. Pero no es menos cierto que el movimiento moderno ofrece caracteres propios de novedad evidente. Averiguar en qué se parecen y en qué se diferencian la aspiración de hoy y la de otros tiempos, sería estudio verdaderamente interesante; y comparar los caminos por donde han buscado las almas inquietas su quietud, ahora y antes, tarea de grande importancia y aun de valor práctico para la ordenación de nuestra vida. Extraña con esto que no haya tentado semejante estudio a los críticos que se dedican a desentrañar la psicología de la literatura, examinando, ora los caracteres y tipos en ella expuestos (la mujer, el niño, los delincuentes, etc.), ora los sentimientos y las ideas expresados (el amor, la piedad, las creencias religiosas...). Tales estudios, limitados en su mayor parte a las obras literarias modernas (aunque no faltan los que se refieren a los medioevales y a las del mundo clásico (1)), llegarán sin duda a convertirse algún día en rama importante de la literatura comparada y vivificarán el conocimiento muerto, que suele ahora tenerse, de los autores antiguos, enlazando su psicología con la de los actuales y presentándolos como *hombres de espíritu siempre vivo*, y no como *modelos* de retórica más o menos académica, o como ejemplares de arqueología intelectual. El día que eso se realice por lo que toca al tema que ahora nos ocupa, se verá que, salvo el del amor, no hay tal vez otro que más haya ocupado a los literatos de todas las épocas. El hecho tiene una explicación muy sencilla.

Los intelectuales son, por naturaleza y por obra de la especialidad de su trabajo, hombres de condición particularmente excitable, para quienes todo rozamiento conviértese en rudo choque, cualquier alfilerazo en terrible herida. El desgaste nervioso que esto les ocasiona produceles cierto temor a las causas de que procede, y origina en ellos un principio de retraimiento. Por otra parte, la superioridad que en sí mismos reconocen respecto de la masa — cuyos cuidados y apetitos repugnan por groseros y vulgares, o por conturbadores del reposo que exige la producción artística — apártalos igualmente, creando en ellos un cierto misantropismo, más o menos acentuado; pero como ese apartamiento es imposible en todo rigor la mayor parte de las veces; como la misma sociedad de que huyen por un lado les atrae por otro, ya con necesidades ineludibles, ya con problemas de extraordinario interés intelectual, esa doble corriente, ese continuo choque, ese disgusto de lo real, ese gasto constante y excesivo de fuerzas, les hacen desear más y más el reposo, la paz del alma, y a ella tienden, ora buscándola por diversos caminos, ora tan sólo apete-ciéndola como cosa inasequible.

Si se estudian los poetas del reposo, desde los más antiguos, habrá de notarse que el movimiento general en ellos — pura reacción que se observa en los más elementales procesos fisiológicos — es la huida. Puesto que el mundo da la intranquilidad, buscan la tranquilidad fuera del mundo, en el retiro. Y el poeta despréndese de los afanes de la vida ciudadana y corre al campo, pidiendo a la naturaleza dulce sosiego que apague el hervor de su alma, punto de refugio que lo aísle de la causa de toda agitación.

La forma más elemental de este movimiento la da Horacio. El poeta latino rechaza el lujo, la gloria militar, los afanes de la vanidad ciudadana, la ganancia tentadora del comercio, no por ellos mismos, sino por los cuidados que producen, por la paz que quitan, por lo deleznable de su condición. Aconseja repetidamente a sus amigos que abandonen todas esas engañosas ventajas, y los invita a la tranquilidad de su campo, de su *retiro tusculano*.

Cuanto más va creciendo
La riqueza, el cuidado de juntalla
Tanto más va subiendo,
Y la sed insaciable de aumentalla.
Por eso huyo medroso,
Mecenas, el ser rico y poderoso.

No entiende el poderoso
Señor que manda el Africa marina,
Que estado más dichoso
Que el suyo me da el agua cristalina
De mi limpio arroyuelo,
Mi fértil monte y campo pequeñuelo (2).

No por esto renuncia Horacio a todos los bienes del mundo. Prefiere a las «riquezas afanasas», su pacífica granja en la Sabina.

Cur valle permutem Sabina
Divitias operosiores,

pero cuida bien de evitar la pobreza dura.

Importuna tamen pauperis abest...

confiando siempre en que si le hiciera falta mayor riqueza, Mecenas se la otorgaría. Toda su virtud consiste en contentarse con poco, con la áurea medianía

Auream quisquis mediocritatem
Diligit.

que aparta cuidados y hace vivir, como dice el poeta español con sobrada buena fe,

ni envidioso ni envidiado.

La egoísta tranquilidad del latino, trae a la memoria, irresistiblemente, la conocida fábula del ratón campesino y el ciudadano.

(1) Dante y Shakespeare, v. gr., han sido estudiados ampliamente en este respecto.

(2) Oda XVI, lib. III. Traducción de Fr. Luis de León.

La paz que él busca no es la que anhelan las almas grandes, atormentadas por los altos cuidados del espíritu, sino la paz regalona del indiferente a todo lo que no sea su individual bienestar, la paz de esos solterones que renuncian a la familia no por insensibles al amor, sino por huir de las molestias que producen los hijos, deseando estar a «las maduras» solamente en la lucha de la vida.

En los intérpretes cristianos de Horacio la superioridad ideal es evidente a primera vista. Todavía reflejan algunos el sibarítico sensualismo del latino, su calculada abstención del mundo, su repugnancia a la acción por miedo de los resquemores que produce; todos ellos siguen obedeciendo, en el fondo, a las mismas causas que movían a Horacio para despreciar ventajas mayores, y buscan por iguales procedimientos la soñada tranquilidad; pero diferéncianse no pocos de él en dar mayor entrada a los intereses espirituales, en remontarse más alto en las regiones del ideal limpio de sibaritismo.

Fray Luis de León, el más grande de todos ellos y quizá el más *íntimo* de todos los poetas castellanos, huye también las vanidades peligrosas de este mundo, la riqueza de los «que de un falso leño se confían»; pero no cambia esto por el retiro lleno de placeres de Horacio. La paz que él busca es más pura:

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero...

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.

Rioja, algo más tocado del egoísmo latino, todavía se liberta de él en parte cuando termina diciendo en su obra *A la tranquilidad*:

Que ya en segura paz y en descuidado
Ocio alegre, desprecio
El diverso sentir de vulgo necio,
Sin esperanza alguna
De más blanda fortuna;
Y aguardo sosegado el día postrero...

Otro cantor de la «quietud del ánimo», don Nicolás Fernández de Moratín, sube aún más alto; y glosando repetido axioma de la sabiduría popular, niega que en las riquezas de este mundo se halle

Descanso, el bien más grande de esta vida,
Que no basta a comprarle el gran tesoro

y sólo lo encuentra en «la conciencia pura».

Esta es seguridad, y este apacible
Descanso verdadero, poco hallado.
Esta vida feliz, y esta es gustosa
Fortuna abundantísima y dichosa,
Mejor que la de aquel siglo dorado.
En nuestra mano está, y es asequible
Arribar de la dicha a lo posible.

Pero ninguno de los poetas citados, como tampoco los demás que pudieran citarse hasta nuestros días, han visto en toda su plenitud el tema del reposo. Si se hace recuento de los motivos que en el mundo les intranquilizan, se verá que están reducidos a muy pocos, y éstos pertenecen exclusivamente a las pasiones y apetitos inmorales: la codicia, la envidia, la vanidad... o simplemente a los riesgos que trae consigo toda actividad de cierto empuje y nervio y de motivos venales.

Ninguno habla de ese desasosiego y descontento del espíritu que forma el substratum más rico y puro de los escritores románticos, y que, dándose en quienes no codician los bienes materiales, procede de más altas e internas preocupaciones, de más graves problemas del alma consigo misma (1).

El propio Moratín, que parece acercarse a esa concepción moderna de la inquietud, no sale de la afirmación elemental de los moralistas de que la paz del alma es la tranquilidad de la conciencia, entendiendo por tal la limpieza de pecado, la perfección relativa del justo. Pero la cuestión es más honda que todo esto en la psicología moderna. Trátase en ella, no de la intranquilidad que produce el pecado, sino de la que originan otros motivos más ajenos a la conducta moral: el choque con el mundo y sus imperfecciones, la preocupación de los grandes problemas insolubles, el engaño perpetuo de todo placer y de toda alegría, la desconfianza de sí propio, el íntimo descontento que de su obra tienen los hombres superiores no endiosados, ya porque comparan lo enorme del esfuerzo a la pequeñez de lo producido, ya porque consideran cuán inferior es la pobreza de lo que dicen, a la riqueza de lo que piensan y sienten, a esa «poesía interna» de que habla Vischer y que es siempre la más hermosa, quizá porque conserva la vaguedad ideal, la complejidad vivificante de lo que no pasa por el molde discreto de la palabra que divide, acota, plasma y cristaliza.

(1) En esto, son superiores los prosistas a los poetas, tanto más, cuanto mayor es la intimidad de sus escritos y menor el afán retórico y de exhibición. Así pueden estudiarse las más puras manifestaciones del desasosiego intelectual en los *Diarios* y *Memorias* de los filósofos y artistas que no buscan con esto notoriedades ni escribieron pensando en el público. Tal puede verse en el *Diario* del pintor Delacroix, v. gr., cuya aspiración al reposo, a la *soledad*, no procede de egoísmo, ni de fatiga, sino del afán por huir de lo vulgar y por hallarse *frente a frente de sí propio*, de encontrar su alma, sin interposiciones ajenas que perturben la intimidad. (V. el final del día 3 Septiembre 1822, la nota del 4 Enero 1824 y la del 25 Enero.)

En este sentido, bien puede decirse que el tema de la inquietud espiritual y de la aspiración al reposo no ha logrado (hasta nuestros días) todo el desarrollo de que es susceptible. El desasosiego romántico, por anormal é infundado que parezca á veces, revela ya que la literatura ha penetrado hasta lo más hondo del problema, y la fórmula de éste hallase anunciada (como tantas otras cosas que mucho después de él han ido cuajándose en variados frutos), por el autor del *Fausto* en aquella aspiración de su héroe á un «momento de reposo», á un instante en la vida que le deje satisfecho y cuya perduración desee sin reservas ni dudas. Fausto supo hallar ese «momento hermoso, que rápido transcurre»; pero los hombres de hoy todavía lo buscan sin hallarlo.

La inferioridad de la literatura anterior á este siglo en punto á la comprensión del tema, repítase en cuanto á los medios empleados para lograr el reposo. Todos los escritores lo creen hallar en el retiro, en el aparta-

miento del mundo, en la soledad. La naturaleza los llama y parece ofrecerles en su seno amoroso la quietud que la ciudad les quita. Fray Luis de León pide la descansada vida al huerto

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado...

al

Techo pajizo á donde
Jamás hizo morada el enemigo
Cuidado, ni se esconde
Envidia en rostro amigo,
Ni voz perjura ni mortal testigo.

Cree el poeta que le puede ser comunicada la serenidad de las cosas naturales.

Sierra que vas al cielo
Altísima, y que gozas del sosiego
Que no conoce el suelo.

Más lejos va el Marqués de Santillana, imitador también de Horacio, suponiendo el reposo en la vida de los rústicos, con aquella ilusión que ha corrido todas las literaturas, de Oriente á Occidente, que brilla candorosa en el célebre cuento de la camisa del labriego feliz y que, al través de la teoría naturalista de Rousseau, vino á resolverse en aquellos «apartamientos en humilde choza» con que soñaban los enamorados del período sentimental.

Benditos aquellos que con el azada
Substentan sus vidas y quedan contentos...

Benditos aquellos que siguen las fieras
Con las gruesas redes y canes ardidos...

¡Ilusión eterna de los espíritus desengañados, ó inquietos, que poniendo con falso miraje la causa de su desasosiego en el mundo exterior, en lo de afuera, en *los otros*, creen lograr su salud cambiando de vida, dejando lo que les preocupa, cerrando los ojos al problema que se les impone, huyendo del trato social, ora reduciéndolo á sus más sencillas relaciones, ora suprimiéndolo en la soledad absoluta, en el apartamiento de los hombres!

Rioja es el único que parece haber visto la inutilidad de ese procedimiento. En su obra *A la tranquilidad*, dice:

No huyas; que aunque huyas al abismo
no huirás de ti mismo,
y todos los pesares
que en la tierra tuviste
también te han de seguir por altos mares.

Los escritores modernos empiezan á comprender esto mismo de un modo más amplio y completo (1).

Todavía sueñan muchos con hallar el sosiego en la naturaleza, buscando el reposo sedante del campo para contraponerlo á la febril excitación de su alma; ó bien, huyendo de la *Corte* apetece el *cortijo*, que suponen asiento de toda paz, con igual ilusión que los rousseauianos; pero ya despunta en ellos la sospecha de que sea inútil buscar la serenidad en remedios exteriores, por ser ella cualidad interior, variable según los espíritus, irreductible en cada uno y de imposible adquisición, tal vez, como no sea en cortos momentos, que aumentan, cuando gozados, la sed de fijarlos eternamente.

Esta desconsoladora conclusión á que se inclina la literatura moderna, resolviendo de un modo pesimista el problema psicológico tantos siglos ha planteado, ¿quién sabe si llevará á más alto concepto de él, á más desinteresada y humana apreciación de la paz del individuo en relación con los intereses superiores de la humanidad? ¿Quién sabe si los poetas de mañana no hallarán que el reposo — simple aspiración del espíritu en momentos de fatiga, medicina temporal que restituye las fuerzas para nueva lucha — es, si se mira como estado perpetuo, normal, apetito de egoístas y gusto sólo logrado por los indiferentes, para quienes nada importa en el mundo sino es su propia vida; ó por los ciegos de alma, reducidos á los más elementales cuidados de la existencia vegetativa? ¿Quién sabe, en fin, si dirán que para los espíritus nobles, que se interesan por todo, se conducen de todas las miserias, sienten como suyos todos los dolores, tienen conciencia de la misión altruista del individuo y se levantan á las más puras esferas del ideal, el reposo, el sosiego, la calma son vanas quimeras, hijas de un desfallecimiento momentáneo, y que la inquietud, la intranquilidad, la fiebre son los signos de la acción, que fecunda la vida y la lleva adelante, entre quejas y desilusiones?

RAFAEL ALTAMIRA

(1) En los románticos se ve bien el error que consiste en buscar la soledad, *huyendo del mundo*, para buscar el reposo; porque en ellos es evidente que la intranquilidad de espíritu está originada por causas completamente internas; en la inquietud que les dan las pasiones — vivísimas en muchos de ellos — en las exageraciones de su sentimentalismo, en el desequilibrio característico de todas sus facultades. Recuérdese á Byron, y confróntese el género de su inquietud con el de Delacroix, v. gr.



UN ELEGANTE DEL TIEMPO DEL DIRECTORIO

PROPIEDAD DE J. CLOSA.

MANUEL CUSI



EN EL CAMERINO

LITOGRAFIA W. HERRERA, MADRID

UN VELORIO EN AMERICA

T IERRAS adentro de una República del Plata me encontraba hace años, en los primeros de mi adolescencia; vivía temporalmente, por causas ajenas á mi voluntad, en una *estancia* ó hacienda, que alternaba con las labores propias del país toda suerte de negocios productivos. La casa, cercada, como la mayoría de las de su clase, por una empalizada de árboles secos y desramados, sobresalía en la soledad de los campos extensísimos, de leves ondulaciones, cubiertos de *pastos*, sin marco de montañas, entoldados por un cielo limpio de nubes. La tempestad, que oscurecía á veces ese cielo con las más oscuras tintas, era en rigor la única mutación interesante de aquel vasto escenario que pronto empezó á fatigar mi espíritu.

En tal país, aunque hermosísimo, y con tales años, no era raro que buscara yo toda ocasión de romper la monotonía de mi existencia, siquiera hubiese de prolongarse poco con tal carácter. Una luctuosa casualidad vino... á regocijarme — ¿por qué no decirlo? — una tarde de primavera.

Trajeron una carta para mi amigo Juan, bastante mayor en años que yo, y el mayor también de los hijos del *estanciero* que me daba hospitalidad; decíasele que la tierna y adorable niña de otro *estanciero* amigo, distante quince leguas del lugar en que nos encontrábamos, acababa de fallecer. No se fundó en esto mi alegría, — bien puede comprenderse, — pero sí en la esperanza de asistir á un *velorio*, mucho más cuando Juan me dijo, *confidencialmente*, que quería aprovechar aquella coyuntura... para reconciliarse con su novia Aurora.

Aurora, era la madrina de aquel ángel malogrado en la tierra, y, según costumbre del país, á aquélla correspondían los deberes de vestir y adornar el cadáver, consolar á la *comadre* afligida y obsequiar, sin carestía, á los invitados á la *fiesta*. Estos, á su vez, debían prodigar á los padrinos, especialmente á la madrina, toda suerte de distinciones y agasajos.

Juan, pensó en uno oportunísimo, sobre todo muy de su conveniencia.

Y me encargó que, para el caso, le facilitase alguna de mis rimas inéditas, que él cantaría al son de su guitarra (instrumento para el que poseía especiales dotes), vendiéndose al auditorio como otro *payador* á lo Santos Vega (1).

Complací á mi amigo como adolescente.

Dile versos, ya que no poesía.

Pero, ambos, á cual más contento, partimos al anochecer camino de la *estancia* consabida, cabalgando en potros tan ligeros como mansos.

A hora avanzada de la noche llegamos al término de nuestra ruta.

De lejos vimos pasar y repasar los iluminados marcos de las puertas á las parejas ágiles y alegres de un baile improvisado; más tarde, apenas distantes un kilómetro de la *estancia*, oímos el sonido de los instrumentos músicos, las consabidas palmadas y voces de ciertos juegos, y las carcajadas que les acompañaban en su obligada solución ó fracaso.

¿Quién hubiera dicho que, cercana de aquella habitación, en otra contigua, había un despojo de la muerte?

Así era, en efecto.

Juan, enamorado y astuto, lo primero que hizo al echar pie á tierra, fué lanzarse al aposento donde yacía el tierno infante; estaba éste en un cuarto profusamente regado con *Agua de Florida*, sobre una mesa vestida de blanco, atestada de flores y bordeada de luces. La niña, parecía dormida en una onda de brillante espuma; todo era blanco dentro del féretro: desde el rostro del impúber hasta el trajecito blanco, agobiado de encajes,

(1) *Payador*; en América, el que canta á la guitarra improvisando, y á veces rivalizando con otros compañeros. Santos Vega, fué llamado, por sus excepcionales triunfos, el de la *larga fama*.



que le amortajaba; desde la crucecilla y la cadena suspendidas á su cuello, hasta las pequeñas rosas que, formando nimbo, habían acumulado alrededor de su cabeza. A su lado, encontramos casualmente la llorosa madrina que parecía ocupada en retocar alguna imperfección del traje de la ahijada; pero, apenas se apercibió de la presencia de Juan, dejó el cadáver y desapareció con rapidez por una puerta que conducía á la habitación de la madre, á la que fué á prestar sus auxilios y consuelos.

Juan, sintió mucho aquel desaire; quedó un momento pensativo; pero luego, consecuente con su *plan de batalla*, se acercó al ángel dormido, le besó en el rostro, y depositó entre sus manecillas una rosa encarnada que adrede había llevado de su casa.

En seguida fué á engrosar el número de los reunidos en la sala del *velorio*.

El padrino, en ausencia de Aurora, era objeto de las mejores atenciones y deferencias por parte de los contertulios; mas él á todos superaba en rebotante alegría, mostrándose á la vez espléndido y cortés en grado sumo. Algunas veces, sus actos y palabras arrancaban voces de entusiasmo á los presentes.

El baile, los juegos más divertidos de sociedad, los cuentos dichos en abundancia y con arte, los chistes producidos con ingenio, los dulces y los *mates* apurados con placer, los licores saboreados con delicia, hacían avanzar las horas con lamentada rapidez.

Sin duda Juan, hábil como siempre en la realización de sus proyectos, estaba de acuerdo con alguno de los allí reunidos (acaso con el que le notició la muerte de la niña), pues habiéndose recitado algunos *versos* y cantando otros á la usanza del país y á lo *flamenco*, se invitó á Juan para que diera á conocer sus dotes de *payador* novel, aunque ya con suerte revelados, según se dijo por vía de estímulo, en anteriores tertulias.

El aludido no se hizo de rogar.

Tomó la guitarra de manos del último cantor, sentóse en un taburete, afianzó y templó el instrumento con énfasis *criollo*, rasgó las cuerdas y acompañó los melancólicos sonidos de ellas emanadas con un acento más melancólico todavía. Cantó esta rima:

Aunque ya otra esperanza no me queda
que víctima morir de tu desvío,
no imagines, bien mío,
que maldecirte pueda;
antes bien, bendiciendo mi Calvario
y cantando este amor que me consume,
cual la mirra del místico incensario
me desharé en perfume.

Un aplauso indicó á Juan que su obra empezaba con fortuna. Tomó alientos; siguió pulsando lastimeramente la guitarra; garabateó un buen rato en sus cuerdas; golpeó la caja; echó varias miradas entre investigadoras y lánguidas á los oyentes, y, sobre todo, al cuarto donde estaba el cadáver, prosiguiendo al fin con esta glosa:

Mi labio, es un jilguero en tu mejilla
que canta á besos su pasión eterna
cuando á los rayos de la luna brilla
envuelta en llanto tu pupila tierna.
Mi labio, es un jilguero en tu mejilla,
y sólo el Dios del firmamento sabe
lo que gozo... al sentir tu pelusilla
más dulce y blanda que el plumón del ave.

Que canto á besos mi pasión eterna
quiero que sepa el mundo, dulce hechizo;
yo siempre he sido y soy cual la lucerna:
lo que tengo en el pecho exteriorizo.

Cuando á los rayos de la luna brilla
tu pupila de lágrimas bañada,
se abre mi corazón cual la semilla
en el surco fecundo colocada.

Envuelta en llanto tu pupila tierna
una perla parece humedecida
por el hado fatal que nos gobierna
en el mar de las penas de la vida.

No bien moría en el espacio la última palabra de esta glosa, vino á nosotros, del cuarto en que estaba la niña muerta, un agudo sollozo, y, á seguida, otro bruscamente interrumpido.

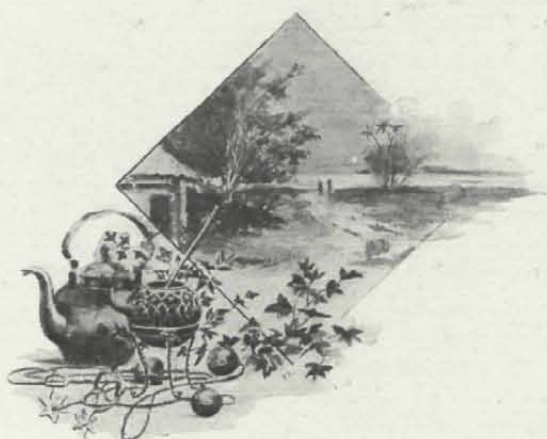
Acudimos todos á averiguar la causa.

Aurora se había desmayado; sobre su pecho, profundamente conmovido por los cantos del intencionado *payador*, había colocado la rosa de color encendido.

Juan no tardó en ser su esposo.

F. TOMAS Y ESTRUCH

ILUSTRACIONES DE P. BEJAR



EL CLAVEL

CUENTO

A PESAR de haber dicho Mariano de Cavia,—autoridad irrecusable— que lo de *fingir en sueños es cursi* y está *gastado*, como yo he *soñado verdaderamente*, voy á contar á usted *mi sueño*, esperando que por tratarse de una señorita, perdonará por esta vez el castizo é ingenioso escritor, honra de nuestras letras actuales.

—Tiene usted razón. Mariano es sumamente galante y desde ahora puede usted contar con su benevolencia. ¿Qué ha soñado usted?

—Pues señor, era domingo; muy tempranito, casi al amanecer, me hallaba yo no sé cómo ni por quién llevada, en el huerto del convento donde profesó hace dos años mi prima Carlota. ¡Ya ve usted que disparate! ¡Entrar yo en un huerto vedado á todo el mundo!

—¡Dulces cuenticos de los sueños! Siga usted.

—Hirió mis ojos un hermosísimo clavel blanco, que brotaba orgulloso y esbelto de una clavellina, nacida espontáneamente al pie de un triste pero gallardo ciprés. Pedí permiso para arrancarle, me fué concedido, y desde la mata, pasó la flor á engalanar mi pecho.

Loca de alegría volví á mi casa, y acompañado de una cartita amorosa, envié el clavel á mi Alejandro. Este lo cuidó con gran esmero y lo lució por la noche en la comida de la embajada de Italia, llevándolo en la solapa del frac. La hermosura de mi flor llamó la atención de todos, por cuya circunstancia, Alejandro, la cuidaba y atendía como si fuese mi propia persona. Pero Eduardo había abusado un poco y torpemente del *champagne frappé*... y llegó á la *cuarta de Apolo*, inundado de ruidosa alegría. En un palco, cercano al suyo, había una de esas desfachatadas mujeres que tanto daño hacen á la sociedad, llamándose con orgullo, y para mengua del habla castellana, *cocottes* ú *horizontales*, y yo no sé por qué medios, consiguió que mi clavel pasara á su dominio. El clavel, en su pecho, parecía como avergonzado. Terminada la función, *ella, él* y varios amigos de esos que viven del oro ajeno, adulando rastreramente al poseedor, resolvieron acabar la noche en un gabinete de Fornos. Menudearon los platos caros y los vinos selectos, mezclándolos con precocidades del peor gusto, y poco antes del amanecer, ¿dónde dirá usted que estaba el clavel mío?

—¿Qué sé yo?

—Deshojado y en el fondo de una taza de café, en cuyo fondo había una especie de fango formado por el residuo del lloste y la ceniza de un habano que saboreaba aquella infernal serpiente. Yo lloraba con amargura al ver el inmundo paradero de aquel clavel emblema de mi purísimo amor, cuando afortunadamente dejé de soñar, y con los sentidos despiertos, pude apreciar que todo aquello no era sino una calenturienta creación de mi fantasía. ¿Qué gusto, eh? Todo era mentira. Todo. Y nada más. Pues ya he acabado.

—Ahí acaba el cuento.

—Sí, señor.

—Pues diga usted la moraleja. *La mujer y la flor son parecidas por todo extremo*. Si usted no hubiera entregado el clavel á Alejandro, la pobre flor, libre de mundanales evoluciones, no hubiera ido á morir deshojada en el fondo de una taza de café.

—Es verdad.

—Alejandro, escribe á usted muchas veces para que vaya usted á *verla sola*... á las Calatravas.

—Sola con mi doncella.

—Alejandro sabe que esa muchacha es sobornable. Ir con ella, supone *ir sola* un día ú otro.

—¿Y qué?

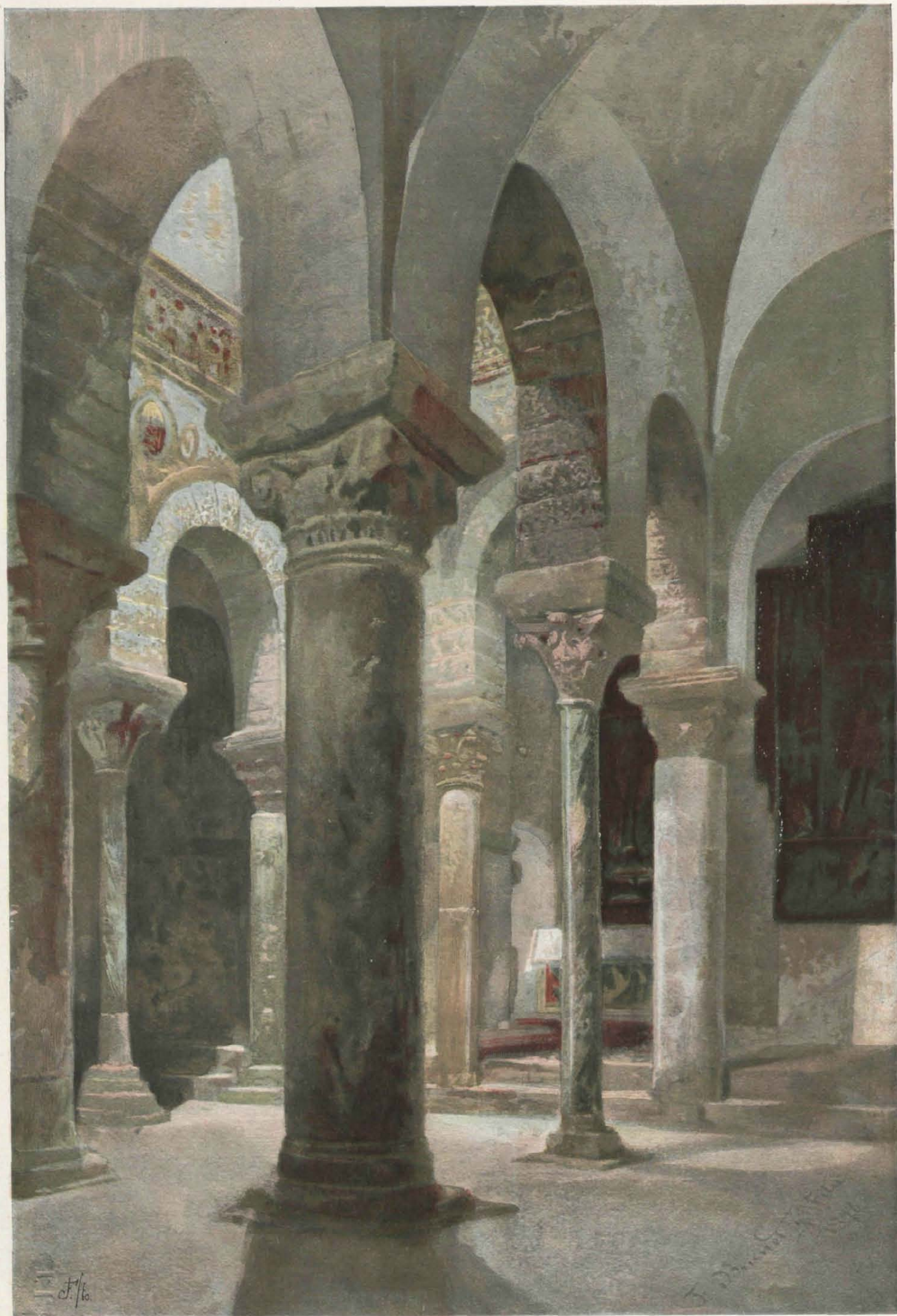
—Piense usted en el clavel. *Las flores y las mujeres se parecen mucho*. Hay que evitar á todo trance el *primer paso*. No vaya usted á ver á ese joven.

—¿Por qué?

—El inmortal Moreto lo dijo en *El desdén con el desdén*.

«Quien no resiste á empezar
no resiste en proseguir.»

† RAFAEL M.^a LIERN



INTERIOR DE SAN PEDRO DE TARRASA

¡DE MASIADO TARDE!

(Continuación).

—Sin embargo...
—Basta de digresiones; prepare usted los pinceles y ¡al avío!

¡Quién osara contradecirle! Quieras ó no, tuvo el artista que emprender su tarea.

Ayudada por Dolores, quitóse Laura el sombrero, pues no era cosa de retratarse con él; reparando al espejo, los desperfectos del peinado.

En tanto, colocaba el pintor en lugar conveniente la butaca destinada á la joven.

—Ven cerca de mí, papá; —dijo tímidamente ésta, ocupando el sitio.

—No; prefiero ponerme detrás del señor... para ir viendo el efecto.

Daniel, visiblemente emocionado, indicó al original la posición que debía tomar; arreglando con exquisito gusto y delicadeza los pliegues de su vestido.

Terminada esa indispensable operación, sentóse en el taburete de trabajo, y, aparentando una resolución de que en realidad carecía, cogió la paleta y los pinceles.

La huérfana se colocó de pie á su derecha, para infundirle valor, si acaso desfallecía.

Porque, en la hija del general había reconocido á la mujer que causaba la desesperación de su hermano.

Por cierto que, á pesar de odiarla instintivamente en pintura, cobróla viva simpatía, al examinar sus ideales facciones, traslado fiel de un alma pura y cándida; confesando, con íntimo gozo, que, en una criatura tan angelical, no cabía sombra alguna de pecado.

Situóse Víctor al lado de Laura, punto el más á propósito para recrearse de lleno y á su sabor en la espléndida hermosura de la que le llevaba á mal traer.

El anciano ocupaba con marcial continente la izquierda del pintor, dominando la situación... y acariciando su larga y canosa perilla, de la que tiraba sin piedad, para contener sus agitados nervios.

En esta situación los cuatro personajes, Daniel apuntó el tiento sobre la tela, disponiéndose á comenzar el retrato.

Durante algunos minutos, estuvo en muda contemplación del modelo llamado á reproducir; embelesándose en las puras líneas y pálidas tintas de aquel semblante... fotografiado en su cerebro y esculpido en su corazón.

Laura fué bajando los ojos insensiblemente, no pudiendo resistir la dolorida mirada del joven que, á su vez, iba inclinando la frente, confuso y desalentado.

La voz ruda del general les sacó de su abstracción.

—¿Qué es esto? ¿No pinta usted?

Dolores tocó en el hombro á su hermano, quien, sacando fuerzas de flaqueza, acercó al lienzo el pincel que con dificultad sostenía su diestra.

Veces distintas, intentó comenzar el perfil de la seductora niña. ¡Imposible! Su brazo convulso negábase á obedecer; el pincel temblaba en su mano, como la hoja en el árbol.

—¡Mal anda ese pulso, amigo! —exclamó el angustiado padre, con enronquecido acento, que, á modo de trueno lejano, presagiaba próxima tempestad.

Alentado por la huérfana, volvió Daniel á la obra, trazando una línea tan incorrecta y temblorosa, que el anciano pegó un respingo y soltó una carcajada impropia de su elevada categoría.

—¡Ja! ¡ja! lo dicho; hemos escogido mala ocasión. ¡No está usted para firmar!

Presa de mortal zozobra, Laura, reclinó la cabeza so-

bre el respaldo del sillón, llevándose el pañuelo á la cara, mientras Dolores, atemorizada y suplicante, decía al oído de Daniel:

—¡Pinta, por Dios y todos los santos!

—¡Si no puedo! —exclamó el pintor,—¡si no puedo!

El general que, desde su llegada había cuidado de observar en que parte del taller se hallaba el sospechoso lienzo, origen de su inquietud, se posesionó de él, y... levantándolo en alto, de suerte que todos lo vieran, gritó trémulo de coraje:

—¡Basta de farsa! ¿Le sería á usted más fácil, señor

acerca del particular; aunque quisiera, no podría contestarle.

—¿Cómo?

—Si existe culpa... el responsable soy yo.

—¡Por Cristo que el lance tiene gracia!

—Me había jurado no revelar jamás el secreto que guardo en el pecho; pero, ante una sospecha tan horrible, vengo obligado á hablar. Sírvasse prestarme atención.

Durante este corto preámbulo, Laura, con auxilio de Dolores, se levantó del suelo, sentándose de nuevo, pues su postración no la permitía permanecer en pie.

—Aquí donde usted me ve,—manifestó Daniel,—cumplí veinte y seis años, sin conocer el amor. Pesares y privaciones... que no vienen á cuento, me tenían acobardado; consagrándome por completo al sostén de mi pequeña familia. ¡Me atrevo á asegurar, que durante ese tiempo, no miré más que á mi madre y á mi hermana, siéndome indiferentes las demás mujeres! Un día, hará próximamente seis meses, quiso mi mala ventura que viese en la calle á esta señorita. No iba sola; la acompañaba una señora de edad avanzada. Su extraordinaria belleza me impresionó de tal suerte, que cometí la imprudencia de seguirla. ¡Harto lo he lamentado luego! Entró ella en una casa de sun-

tuoso aspecto, yo me instalé en el portal de enfrente, aguardando á que saliera; dándome á comprender su tardanza, que habitaba allí. La casualidad hizo que, cuando me disponía á retirarme, se asomara á un balcón del primer piso. La convicción de que era aquel su domicilio, me contrarió en gran manera, pues, á no dudar, la hermosa desconocida pertenecía á una clase muy superior á la mía.

—¡No se equivocaba usted!

—Atormentado por ese triste pensamiento, me marché, con el propósito de no volver.

—¡Hubiera obrado muy cuerdate!

—Pero... al corazón no se le manda. El es quien impera en nuestra voluntad; él quien encaminó al día siguiente mis pasos hacia la calle de que pretendía huir. Como en el anterior, esta señorita se asomó al balcón...



mo, servirse de este modelo?

Aquel inesperado arranque, produjo en los distintos personajes del cuadro el natural efecto, reflejándose en el rostro de cada cual, la emoción que instantáneamente experimentara.

Confusión en el de Daniel, asombro en el de la inocente Laura, espanto en el de Dolores é indignación en el de Víctor.

Simultáneamente y á impulso de dicha emoción, brotaron de los respectivos labios las siguientes frases:

—Suplico á usted que suspenda su juicio hasta escucharme.

—¿Qué significa esto? No acierto á comprender...

—¡Señor! ¡por caridad, conténgase usted!

—¿Lo quieres más claro? papá.

La exaltación del ofendido padre crecía por grados. Abalanzándose á su hija, con descompuesto ademán, arrastróla de la mano hasta el caballete en donde había dejado el lienzo acusador, diciéndola en tono á la par irónico y severo:

—Ven... mira; ¡eres tú! ¡Tú, Laura!..

—Sí, ¡ella es! —agregó el capitán, no menos enojado.

—¿Cómo se halla tu retrato en poder de ese hombre?

—¿Habrás sido capaz de olvidar lo que debes á tu decoro?

Laura no contestó; los encontrados sentimientos que combatían en su alma paralizaban su lengua. Pero, á falta de palabras, los expresó con los ojos, envolviendo al pintor en una mirada henchida de dolorosos reproches y venturosas promesas.

Tomando el silencio de la acongojada doncella por tácita confesión, el anciano desató contra la infeliz los rayos de su cólera.

—¡Infame! ¡has mancillado mis canas!

Agobiada por el peso de tamaña acusación, cayó Laura de rodillas, murmurando:

—¡Ah, no; no, padre mío!

—Esa prueba te condena. ¡Qué hiciste desdichada!

Alzó Daniel la abatida frente y, obedeciendo á una súbita resolución, se interpuso entre el padre y la hija, diciendo con respetuosa seguridad:

—No la atormente usted, general, ni la interrogue



no por mí, general; estoy seguro de que ni sospechaba siquiera la simpatía de que era objeto.

Si en aquel momento, el padre ó el hermano de la aludida hubiesen advertido el súbito rubor de su sem-

blante, desmintieran rotundamente la apreciación del pintor.

Las mujeres poseen el dón de ver sin mirar, y... bajo este concepto, cabe en lo posible que la joven se fijara, sin demostrarlo, en el callejero galán.

—Excuso manifestar á usted,—añadió Daniel,— que mi imprudencia se repitió diariamente. Me estacionaba en sitio oportuno, y no me movía, hasta recrearme de lejos en el ángel de mis primeros amores! ¡Porque yo amaba á su hija, general! la amaba con toda mi alma!

Al oír aquella franca declaración, tosió éste para disimular su disgusto, y Víctor lanzó al pintor una desdeñosa mirada que le hubiera herido cruelmente, si no le aplicara Laura el anticipado bálsamo de otra que, con elocuencia castelariana, pregonaba un amor igual al suyo.

—¡No me tache de presuntuoso ni osado. Nunca me hice la ilusión de alcanzar tan gran tesoro! Si alguna vez acariciaba esa consoladora esperanza, decíame á mí mismo: «calla, loco; calla. ¿Quién eres tú, pobre artista, sin nombre ni fortuna, para aspirar á la mano de esa hermosa niña, que vive en la opulencia y lleva quizá un nombre ilustre? ¿No conoces que no eres digno de ella? ¿qué no la mereces?»

—Pero... seguía paseándola la calle, por si acaso!

—Tan convencido estaba de mi inferioridad, que ni siquiera indagué su nombre. ¡Me bastaba saber que no había nacido para mí!

—Debía usted huir de ella, en vez de vigilar sus balcones, exponiéndola á las hablillas del vulgo.

—¡No pude, señor; no pude! Cuanto más la veía, más se acrecentaba mi deseo de verla. No aspiraba á otro premio; juzgue usted de si me contentaba con poco! Pero ¡ay! un día no la vi, ni al otro... ni en los sucesivos. Sin duda, observó mi persistente persecución y... en justo castigo, no volvió á asomarse.

—¡Así obran las mujeres que se estiman en algo!

A serle dable, Laura hubiera respondido: «no fué

por castigarle, sino porque me hallaba veraneando en nuestra quinta de Pozuelo. ¡Bastante echaba de menos aquel ratito de balcón!»

—Entonces,—prosiguió Daniel, con un entusiasmo rayano en delirio,— no resignándome á perderla para siempre, concebí la idea halagadora de apropiarme su hermosura, alzarla un altar en mi misma morada, rendirla en secreto el tributo de mi amor, noble, puro, desinteresado, muerto para el mundo y eternamente vivo en mi corazón. Quise verla de día, de noche, á todas horas, sin enojosos testigos ni inaccesibles dis-



tancias; que descendiera hasta mí, ya que no podía elevarme hasta ella.

El sentimiento del pintor, al formular esta espontánea confesión, se comunicó á sus oyentes, que apenas respiraban.

La agitación del palpitante seno, revelaba en las dos jóvenes su angustiosa ansiedad.

Víctor, en cuya alma empezaba á germinar un fuego parecido, deponía gradualmente su enojo, admirando en silencio la grandeza de aquella pasión.

El general... la admiraba también; pero, el maldito orgullo, anteponiéndose á su buen sentido y probada bondad, le impulsaba á condenarla.

—He aquí, señor,—repuso el artista, trocando en hu-

mildad su entusiasmo,—la historia de ese cuadro que usted calificó de retrato... y que es únicamente el fruto de mi calenturienta imaginación. Guiada la mano por desesperado vértigo, tracé inconscientemente en ese lienzo el busto ideal de mi hermosa desconocida; con los colores de mi paleta, y sin necesidad de modelo, animé sus delicadas facciones. La obligué á mirarme dulcemente, como yo apetecía; hice que se sonriera, conforme yo anhelaba;... y caí de hinojos á sus pies, venerándola en efígie, cual veneran en el ara santa los cristianos á la inmaculada virgen. Le he manifestado la verdad, y la garantizo bajo palabra de honor. Recrimine mi loco desvarío, si lo juzga digno de censura; pero, absuelva á su inocente hija del tremendo fallo con que iba á anonadarla.

—Bien,—murmuró el general, después de una prolongada meditación.— El daño ha sido por fortuna menor de lo que yo temía. Abrigo el convencimiento de que el tiempo enfriará esa fantástica quimera. A su edad, las enfermedades del amor se curan fácilmente.

—¡O matan al enfermo; que para el caso es lo mismo!—arguyó Daniel, con aterradora frialdad.

El tono acre del anciano y sus intencionadas

frases, no dejaban lugar á duda.

Equivalían á una negativa anticipada, para que el pintor no se decidiera á aventurar una petición formal. ¿Quién se atrevía á contradecirle?

¡No sería, de hijo, la pobre Laura, cuya voluntad nadie se tomaba la molestia de consultar!

Tras otra pausa, igualmente penosa, el padre de la interesada, revistiéndose de entereza, dijo al desahuciado amante:

—Este asunto ha terminado; réstame tan sólo insistir en mi pretensión, con mayor motivo que antes. ¿Cuánto vale ese cuadro?

—He tenido el honor de indicarle que no está en venta.

(Se continuará.)



Al aparecer este número, tenemos que hacer copartícipes á nuestros lectores de la amargura que experimentamos por la muerte del gran artista DON BENITO MERCADER. Fué autor del famoso *Entierro de San Francisco*, laureado con el premio de honor en el *Salón de París*, y adquirido para el Museo del Prado. El pintor y cate-drático que acabamos de perder, trajo al arte español, toda la hermosa verdad de la naturaleza y del sentimiento, por la sinceridad más honrada, sin tributo á farandulerías que tanto han perjudicado la historia de nuestra moderna pintura. Descanse en paz el hombre de mérito, y reciba su atribulada familia la expresión de nuestro dolor y respeto.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: *Cuadro alegórico de Nochebuena*, por Cecilio Plá.

Nochebuena: caricaturas de Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: *En el portal de Belén*, por Arturo Serifiá.

La Natividad del Señor; poesía.

La plaza Mayor de Madrid, en Nochebuena, á principios de siglo; cuadro de Angel Lizcano.

Mercado de pavos en Barcelona: cuadro de Félix Mestres.

La Nochebuena del soldado: cuadro de Enrique Estévan.

PÁGINAS EN NEGRO: *¡Nochebuena!* por Vicente Suárez Casañ, ilustraciones de Pahissa.

¡Noche triste! por Salvador Carrera; ilustración de Diéguez.

Sensiblerías de la muerte: cuento de Nochebuena, por Luis de Val.

¡En capilla! dibujo de A. Segura.

¡De juerga! pandero, pintado por J. Garmelo Alda, con texto alusivo.

El milagro: artículo por Eusebio Blasco.

De pura raza: reproducción directa de un cuadro del inolvidable Llovera.

¡Demasiado tarde! (continuación de la novela), por Salvador Carrera.

MOSAICO.

REGALO: *La Bercense*: composición para canto y piano, por Fermín M. Alvarez, con ilustraciones de Arturo Serifiá.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

PROSA Y VERSOS, por Fernando Franco Fernández, con un prólogo de don Rafael Serrano Alcázar, un intermedio de don Sinesio Delgado y un epílogo de don Salvador Rueda. — Albacete, imprenta de Luciano Ruiz. — Precio, 1 peseta.

MUJERES. VIDAS PARALELAS, por Concepción Jimeno de Flaquer. — Un elegante tomo de cerca de trescientas páginas; se vende al precio de 2'50 ptas en Europa y 1 peso en América. — Tipografía de Alfredo Alonso. — Madrid.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el causancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le conviene, según sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GRANDES TALLERES Y ALMACENES
de Fumistería, Fundición, Maquinaria y Ferretería.
— DE —
VIUDA É HIJOS DE GASPAR QUINTANA

TALLERES Y DEPÓSITO: Tapias, 6 y 6 bis.
ALMACEN Y DESPACHO: S. Pablo, 46 y Mendizábal, 25

— SECCION DE FUMISTERIA —
COMPLETO Y VARIADO SURTIDO EN
CALORIFEROS, de todos sistemas, por leña, carbón ó gas.
CHIMENEAS, para salón y comedor.
ESTUFAS de todos sistemas, sencillas y de lujo.
La Salamandra. — Sanitaire. — Choubersky.
Flamboyant. — Thermostat. — Norte Americana.
Sueca. — Chapsal de Petxina, etc., etc.
ESTUFAS, «aire caliente», para la calefacción de edificios.
ESTUFAS, «agua caliente», para invernáculos.
ESTUFAS, «rústicas», para fábricas.
ESTUFAS, para cuartos, etc., etc., y todos los trabajos y accesorios necesarios para la calefacción.
COCINAS económicas, de todas clases, para colegios, hoteles, hospitales, conventos, cuarteles y casas particulares.
Se remiten gratis, catálogos, á quien los necesite.

F. BAU MARTINEZ
PROFESOR DENTISTA
Especialidad en dientes
y dentaduras artificiales.
Pelayo, 8, principal * BARCELONA

AL ESCUDO CATALAN
— ANTONIO F. MANEJA —
Especialidad en toda clase de
IMPRESIONES RÁPIDAS
Timbrados al relieve en Oro y Colores.
Tres Llits, 5
Travesía de la Plaza Real. — BARCELONA

CERERÍA Y FÁBRICA DE BUJÍAS
LA CARMEN
de MELITON CASTELLAR
DESPACHO en Princesa, 46 y Comercio, 50.
FÁBRICA en Ausias March, 5 y 7.
Se fabrica todo lo concerniente al ramo de Cerería y bujías esteáricas y transparentes en todos tamaños. Se venden ceras blancas y amarillas, cerecinas, parafinas, estracinas, etc., etc.

COMO PIDEN ELLAS, por XAUDARÓ.

— ¡Déjame... no quiero verte!...

— ¡Pero, amor mío, no seas así!

— ¡Pues bien! ¿sabes lo que tengo? Casi nada; anoche se presentó la Condesa de *** en su palco, luciendo una *rovière*, mejor que la mía. ¡Qué vergüenza para mí!...

ORFEBRERIA
CHRISTOFLE
UNICO REPRESENTANTE
Pedro Libre
BARCELONA

PING-LAN FLUID EXTRACT
PREPARADO POR DR. P. ROGENTERS DE LONDRES
ESPECÍFICO seguro para promover la salida del cabello, bigote y barba. PRESERVATIVO eficaz contra el encanecimiento y la calvicie prematuros. EXTIRPADOR rápido de la caspa
SE VENDE EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS
DEPOSITARIOS: en Madrid, VÍA Y C.ª, Imperial, 9 y 11; en Barcelona, J. M. ROCA, Plaza de las Ollas, 8

FERNET-BRANCA
Especialidad de FRATELLI BRANCA, Milán
Los únicos que poseen el verdadero y legítimo proceso
El uso del FERNET-BRANCA es para prevenir las indigestiones, y se recomienda á los que padecen de tercianas ó de verminosis; este sorprendente efecto debería ser suficiente para generalizar el uso de esta bebida, y toda familia debería proveerse de ella. Se toma mezclada con agua, seltz, vino ó café.
El FERNET-BRANCA es tenido como el mejor de los amargos conocidos, y sus benéficos efectos están garantidos por certificados de celebridades médicas.
Representantes: Polli y Guglielmi, Barbadá, 16. - Barcelona

EDICION FIN DE SIGLO

La más moderna ♦ La más lujosa ♦ La más económica

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

POR

Miguel de Cervantes Saavedra

CONDICIONES DE SUSCRIPCION

Esta obra formará dos tomos de regulares dimensiones, profusamente ilustrados con bellísimos dibujos, debidos al notable artista D. Jaime Pahissa, conteniendo una hermosa colección de cromos, debida al pincel de D. Arturo Seriñá; y de cuya reproducción artística, está encargada la acreditada litografía del Sr. Labielle.

Semanalmente y sin interrupción se reparte un cuaderno, cuyo coste es el de

UN REAL

ya conste de dieciséis páginas, ya de ocho y un magnífico cromo.



Tirada especial de **CIEN** ejemplares
numerados, en papel de hilo superior.

EDICION DEDICADA A LOS CERVANTISTAS

Se reciben encargos para los pocos ejemplares que quedan
al precio de 75 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCION

BARCELONA. — Centro editorial artístico de Miguel Seguí, Rambla de Cataluña, 151, y en las principales librerías y Centros de suscripción.

PROVINCIAS, EXTRANJERO Y ULTRAMAR. — En las agencias editoriales debidamente autorizadas por nuestra Casa.

